

LA RUEDA

1. INTERIOR. CONSULTA DE CARLOS. MAÑANA

FERNANDA, una mujer de unos cincuenta años, está sentada frente a CARLOS, el doctor, también cercano a la cincuentena. En el ambiente se respira cierta incomodidad, segregada sobre todo por CARLOS que niega constantemente con la cabeza, ante las constantes súplicas de FERNANDA, que intenta convencerle de que haga algo que él no quiere hacer.

FERNANDA:

Venga, por favor, doctor. Solo podemos confiar en usted, solo usted puede ayudarnos.

CARLOS:

Yo no puedo ayudarla Fernanda; lo que me pide es absurdo, es imposible ... no puedo hacerlo...

FERNANDA:

(en actitud suplicante) Por favor doctor, por favor, venga solo a verle, se lo pido ... Por la amistad que tuvo con mi marido ... por favor... ayúdenos... él siempre nos dijo que podíamos contar con usted para lo que fuera

CARLOS:

Para todo, para cualquier cosa, pero para esto no... Seamos razonables..... Lo de su hijo es un trastorno psíquico, perfectamente

tratable... pero por un psiquiatra... Pasa a veces... se le llama el síndrome del miembro fantasma....Yo no puedo hacer nada, yo soy cirujano... lo que usted me pide es absurdo, no puedo hacerlo, va contra cualquier código ético y médico, ...

Las súplicas son cada vez más insistentes.

FERNANDA:

Por Dios, Carlos, ya le he dicho que hemos ido a mil psiquiatras, no sirve para nada... Él sigue igual....Sólo le pido que venga esta tarde que lo vea un rato, nada más, sin ningún compromiso... y después decida... De verdad.....no podemos seguir así... Por favor, venga y decida entonces.

CARLOS sabe que no debe ir y que simplemente acceder a ir, significa formar parte de la falsa, pero a su pesar dice.

ALONSO:

Iré, pero no le prometo nada.

FERNANDA:

Gracias, de verdad, gracias.

2 INTERIOR. CASA DE FERNANDA. TARDE.

El interior de la casa está muy oscuro. Las persianas están bajadas y se respira dentro una atmósfera cargada y triste debido a la oscuridad acumulada durante tantos días. En la puerta CARLOS se ha sobresaltado al oír los tremendos gritos de dolor que salían del interior, desde el fondo de

una habitación de la casa. FERNANDA abre la puerta. CARLOS mira a su alrededor y se sorprende por la oscuridad reinante.

CARLOS:

¿ Por qué están las persianas bajadas?

FERNANDA:

Desde que le empezaron los dolores no aguanta la luz.

FERNANDA y CARLOS se adentran, a través de un pasillo en penumbra, en una habitación aún más oscura que el resto de la casa. En ella los quejidos secos, roncOS y constantes de EDUARDO, que no para de decir "Dios, mi pierna, como me duele" resultan insoportables. En la habitación están también los otros dos hijos de FERNANDA, ELSA y TOMÁS. TOMÁS está en una esquina, con la cara llena de preocupación, y ELSA está consolando a EDUARDO, que sigue gritando tumbado en la cama, sin percatarse de la entrada del doctor y su madre, que se han quedado en la puerta de la habitación. Cuando TOMÁS se da cuenta de que el doctor y su madre han llegado, se dirige hacia ellos con gesto súbitamente esperanzado, como si el doctor prodigase milagros y después de besar a su madre, da amplias muestras de agradecimiento al doctor.

TOMÁS:

Doctor, no sabe usted todo lo que le agradecemos que nos ayude. (apretándole la mano firmemente y mirándole a los ojos con cierta solemnidad) Cualquiera cosa que yo pueda hacer por usted, de verdad, cualquiera cosa, de todo corazón pídale.

CARLOS está bastante incómodo, ya no sólo por los constantes quejidos de EDUARDO sobre la cama, absolutamente irritantes y absorbentes, sino también por las palabras de TOMÁS que parecen dar por hecho que él finalmente va a acceder a hacer lo que FERNANDA le ha pedido. Por eso, mientras contesta a TOMÁS, mira con gesto reprobador a FERNANDA, .

CARLOS:

Bueno, bueno, todavía no hay nada que agradecer..... (recalcando las palabras mientras mira a FERNANDA) y no sabemos tampoco si al final habrá algo que agradecer o noBueno, vamos a ver al paciente.

FERNANDA cambia su tono de voz, que se torna melosa y amable y se dirige a EDUARDO que sigue gritando de dolor en la cama.

FERNANDA:

Eduardo, cariño, mira, ya ha venido Carlos, el cirujano amigo de papá, ¿Te acuerdas de él? ... Él te va a curar, no te preocupes.

De repente, entre tanto quejido de moderada intensidad, se alza un terrible grito de dolor.

EDUARDO:

¡Joder! ¡Otra vez!. ¡Ay, que dolor!..... no puedo más, doctor, necesito ayuda, déme

algo, haga algo con mi pierna.... los calmantes ya no me hacen nada.

El doctor se acerca entonces al pie de la cama y retira la sábana por la parte de abajo hasta descubrir las piernas de EDUARDO. Se ve entonces que a EDUARDO le falta la pierna derecha desde la rodilla hasta el pie y que tiene vendado el muñón, justamente a la altura de la rodilla. El doctor se recuesta al pie de la cama, mira el muñón vendado y mira con incredulidad a FERNANDA, como para cerciorarse y pregunta

CARLOS:

¿Es la pierna derecha la que te duele, no?

EDUARDO: (con gran irritación)

¡No ve usted como está la pierna, joder!.
¡qué coño pierna va a ser la jodida, la derecha ostias!, ¡Vaya mierda de doctor!.

CARLOS vuelve a mirar el muñón de la pierna y vuelve a mirar también a FERNANDA.

CARLOS:

Y dígame, Eduardo, ¿en qué zona de la pierna le duele exactamente?

EDUARDO:

Me duele toda entera, desde la rodilla hasta el pie.... ¡Ay, mi pierna! ...¿Qué tengo doctor? ¿Cómo la ve? ¿Hay posibilidades? ¿Puede salvarla?

El doctor se levanta entonces y hace un gesto a la madre y salen juntos de la habitación. CARLOS hace ademanes negativos con la cabeza.

CARLOS:

Esto es una locura.

Por detrás aparece entonces ELSA que aún no se había dirigido al doctor, con la misma cara de esperanza que tenía TOMÁS Se va hacia él y le abraza con efusión.

ELSA:

Muchísimas gracias por venir doctor... no sabe cuanto le necesitamos... (Se da la vuelta como para llorar, como para descargar la tensión acumulada durante tanto tiempo) Ni se imagina lo duro que es esto.

CARLOS parece impresionado por la reacción y la tristeza de ELSA y entonces se dirige a la madre en un tono profesional, como de médico a paciente.

CARLOS:

¿Hace cuanto perdió la pierna su hijo?

FERNANDA:

Hace diez años

CARLOS:

¿Y cuando empezó a quejarse del dolor en la pierna?.

FERNANDA:

Hace dos meses. Empezó con pequeños dolores, y mire ahora como está.

CARLOS medita un rato, Parece haber vencido las internas resistencias.

CARLOS:

Lo haremos mañana por la noche. Le llamaré por la mañana para decirle lo que hay que preparar.

3. INTERIOR. HABITACIÓN DE EDUARDO. NOCHE

Están en el cuarto de EDUARDO, la madre, los dos hermanos y el doctor. CARLOS está vestido con toda la indumentaria médica precisa para abordar una operación quirúrgica. Los dos hermanos van vestidos de enfermeros y la madre, que está en la cabecera de la cama tranquilizando a su hijo, está vestida de calle. En una mesilla colocada al efecto hay un bisturí, una pequeña sierra mecánica y una palangana con jabón para lavarse las manos. Precisamente en ese instante, con fruición, el doctor se lava las suyas y luego se coloca con lentitud los guantes. Hay también alrededor de la habitación varias lámparas de pie, que apuntan principalmente a la parte baja de la cama; son las únicas luces que alumbran el cuarto, que queda así en algunas zonas en una penumbra un tanto tétrica.

La madre está junto a EDUARDO, intentando apaciguar los gritos de dolor que a veces salen de su boca. CARLOS tiene una jeringuilla en la mano, con morfina para dormir al paciente. La madre entonces le detiene.

FERNANDA:

No se la ponga

CARLOS:

¿Qué?

FERNANDA:

Me lo ha pedido él antes..... Quiere verlo... Es la única forma de que salga bien..... de que él lo crea...

CARLOS hace gestos de indignación, negando con la cabeza

CARLOS:

¿No ve que es una locura?.. No habíamos quedado en eso..... Quedamos en que lo dormíamos y ya está, así acababa la representación.

FERNANDA:

Hay que hacerlo así doctor.

Hay un momento de silencio. De nuevo CARLOS cede.

CARLOS: (con severidad)

Póngase al lado de la cama, y en ningún momento deje que levante la cabeza.

CARLOS se dirige a la mesita donde está todo el instrumental y coge el bisturí. Los dos hermanos, ELSA y TOMÁS están expectantes, con gasas y toallas en las manos. El doctor comienza la operación. Hace un ademán como de estar precisando el corte sobre la pierna derecha de

EDUARDO, a la altura de la rodilla, justo debajo del muñón vendado. Nada más hacer el ademán de clavar el bisturí sobre la pierna, ademán que hace en el vacío, EDUARDO empieza a dar unos alaridos terribles, que se renuevan y aumentan con cada nuevo ademán del doctor. Estos alaridos son tan terribles y el dolor que parece que hay detrás de ellos es tan intenso, que los dos hermanos miran aterrados a CARLOS que sigue desempeñando con eficacia y tranquilidad su papel médico y que, en el vacío, ahora ya con la pequeña sierra mecánica en sus manos, va rebanando lentamente la pierna imaginaria de EDUARDO. Sin embargo, finalmente, la fuerza de los alaridos termina por afectar también al doctor que grita entonces a ELSA.

CARLOS:

¡Rápido! Pónganle algo en la boca, un trozo de madera o algo. Se va a morder la lengua, , venga, rápido.

ELSA sale corriendo y trae de la cocina un pequeño mortero de madera y se lo pone en la boca a su hermano. Él lo muerde y eso ahoga sus gritos, que suenan ahora como a través de una mordaza. La madre coge entonces a EDUARDO de la mano, y le acaricia la frente, que está orlada de sudor. Sus gritos, a pesar de estar refrenados por el mortero, resultan si cabe aún más angustiosos que antes, y se hacen cada vez más intensos y frenéticos conforme imaginariamente el doctor penetra con la sierra en la pierna a través del imaginario surco trazado por el bisturí. Finalmente, cuando CARLOS hace un prolongado y esforzado ademán sobre el aire, con el que da a entender que ya se ha separado la pierna de la rodilla, en un último suspiro horrible, se desmaya EDUARDO, transido de dolor, mientras cae al suelo el mortero que ELSA le había puesto entre los dientes. Los

dos hermanos van entonces donde EDUARDO y miran a CARLOS, que se acerca y le toma el pulso y constata entonces que está perfectamente, que sólo ha sido un desmayo.

CARLOS da un suspiro de alivio. La operación ya ha terminado. Puede acabar ya con la representación. Sin embargo, al final, arrastrado quizá por la rutina quirúrgica o por la dinámica de su interpretación, se quita el guante ceremoniosamente y se lava las manos con avidez en la palangana, como para borrar los rastros de la imaginaria operación. Al rato se da cuenta de que está haciendo algo absurdo y mira a su alrededor y se tranquiliza al ver que nadie se ha fijado en lo que estaba haciendo, ya que FERNANDA tenía reclinada su cabeza sobre el pecho de EDUARDO y sus otros dos hijos se apiñaban junto a ella, abrazándola para calmarla. Finalmente CARLOS, que ha recogido en su maletín el instrumental que había encima de la mesa, se marcha de la habitación y dice.

CARLOS:

Mañana vendré a ver que tal se encuentra Eduardo.

4. INTERIOR. CASA DE FERNANDA. MAÑANA

CARLOS está frente a la puerta de la casa de FERNANDA, pensativo, dudando si entrar o no en ella. Escucha entonces quejidos desde el fondo de la casa. Finalmente llama. Abre la puerta TOMÁS, que le mira con dureza, como si su llegada no fuera bienvenida. Desde la entrada se escuchan perfectamente los lamentos de EDUARDO, al fondo, esta vez lamentos de pena, no de dolor. Su quejido es constante: "mi pierna, mi pierna...". CARLOS se queda extrañado, pone cara como de no comprender y dice con cierto fastidio

CARLOS:

¿Qué le pasa ahora?

TOMÁS: (indignado)

¿Cómo que qué le pasa?.... ¿Es que usted no tiene corazón?..... No ve que acaba de perder la pierna.

TOMÁS se da entonces la vuelta, con evidente enfado y se dirige a la habitación de su hermano sin invitar a pasar a ella al doctor. CARLOS vuelve a quedarse pensativo, sin saber que hacer, pero llevado por la curiosidad entra en la habitación. Allí, los lamentos constantes por la pérdida de la pierna se transforman en gritos de ira cuando EDUARDO ve entrar al doctor. Las caras de FERNANDA y de ELSA también se inflaman al verlo.

EDUARDO:

¡Hijo de puta! ¡Cabrón! ¡Me has dejado sin pierna! Me has convertido en un lisiado, ¡Hijo de puta! Pero que clase de médico eres! ¡No tienes ni puta idea de medicina! ¡Cualquier otro me hubiera salvado la pierna y tú me has dejado lisiado! (vuelve a los lamentos) ¡Mi pierna, donde está mi pierna!.

FERNANDA se levanta furiosa, está fuera de sí, y levanta su dedo acusador hacia CARLOS.

FERNANDA:

¿ Y todavía tiene la desvergüenza de venir por aquí?¡Fuera de mi casa! (dirigiéndose a

Tomás) ¡Maldito sea, sácalo de aquí hijo, sácalo!

TOMÁS: (cogiendo del brazo a Carlos)

Es mejor que se marche.

- CARLOS se marcha de la habitación. Se le ve andar camino de la puerta a través del pasillo, pensativo, con ganas de gritar, de llorar, de hacer algo, con rabia contenida, pero sobre todo se le ve con un gesto de incomprensión, con cara de no entender nada. Se marcha y se queda junto a la puerta, escuchando desde fuera los lamentos de EDUARDO, buscando alguna clave en ellos. Tras unos instantes dejan de sonar sus lamentos y el, con la misma incomprensión y rabia de antes, se marcha abatido. Al salir a la calle ve a unos chiquillos empujando una rueda y lanzándola cuesta abajo en una pendiente y mientras la rueda se despeña rodando cuesta abajo, recuerda un viejo texto hindú en el que la vida se identificaba con una rueda, que, en un absurdo constantemente repetido, rueda y rueda sin sentido y sin dirección, porque lo único que le importa a esa rueda absurda es girar y girar.